

Barcos como el "Winnipeg" o el "Sinaia" evacuaron a miles de españoles que perdieron la guerra. Rafael Torres acaba de publicar una novela sobre esa experiencia en "Los naufragos del Stanbrook", carguero inglés en el que viajaba Antonio Marco, que recuerda la odisea

Imágenes de la memoria



■ **Esperantistas en el campo de concentración de Boghari.** Antonio Marco, segundo por la izquierda en la fila inferior, había empezado a frecuentar el esperanto en 1932 en su pueblo, Callosa de Segura. Coincidió en el Stanbrook con el general Julio Mangada, autor de una gramática de ese idioma, y en el campo de Boghari se impartieron clases, en las que él participó activamente.



■ **Peluquero en Argelia.** El empresario Vincent García sacó a Antonio Marco del campo de concentración y lo nombró capataz de sus negocios. Como no le gustaba mandar, se fue y halló un empleo como peluquero, oficio que había aprendido por frecuentar las barberías de joven con el pretexto de leer la prensa.



En este carguero inglés, viajaban 3.500 españoles hacia el exilio; Antonio Marco, entre ellos. ALGAIDA

Travesía hacia el exilio, tras la última batalla

Hace unas semanas, Rafael Torres (Madrid, 1955) ganaba el premio Ateneo de Sevilla con la novela "Los naufragos del Stanbrook" (Algaida), inspirada en hechos reales: la evacuación en ese carguero inglés, desde el puerto de Alicante, de unas 3.500 personas que habían perdido la guerra civil. Ese éxodo se inició al anochecer del 28 de marzo de 1939. El esperantista, traductor y ahora jubilado Antonio Marco Botella (Callosa de Segura, Alicante, 1921), residente en Zaragoza desde 1949, iba en aquel barco que capitaneaba el marino inglés Andrew Dickson, al cual recuerda como "un borrachuzo que echaba un olor a whisky que tiraba de espaldas". Rafael Torres mantiene un pie en la realidad, habló con personajes que le contaron esa aventura y glosa la trágica experiencia de Gumersindo de Estella, capellán de la cárcel de Torrero, pero también crea criaturas de ficción para explicar la dolorosa partida que recuerda a otras a bordo del Winnipeg, antes, o del Sinaia, después. "Ingresé en el ejército republicano con 17 años. Yo ya tenía alguna experiencia política en una entidad comarcal libertaria. Me llevaron al Frente de Levante. Sólo estuve dos semanas en línea de combate: vi morir a algunos compañeros, la superioridad franquista era evidente", dice Antonio Marco.

Él y otros cuatro compañeros vieron que la guerra estaba perdida y se dirigieron al mando de su batallón para indicarle que se querían ir del país. "Yo no quería quedarme aquí con Franco. Al cabo de unos días, nos dijeron que había llegado al puerto un barco de bandera inglesa, el Stanbrook, fletado por el gobierno republicano". Antonio Marco dice que "era un pequeño buque-transporte de carbón de 1500 toneladas". Marco y sus cuatro compañeros se dirigieron hacia el Stanbrook y el capitán les dijo, "de malas maneras y a pie de escalinata", que sólo podían subir a cambio de 20 duros de plata por pasajero.

"Íbamos con las armas del frente, pistolas o fusiles, pero eso no intimidó al capitán. No llevábamos nada más. Intentamos convencerlo, discutimos, y uno de los compañeros volvió al centro de la

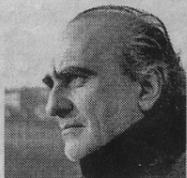
ciudad para intentar conseguir el dinero. Subimos al barco hacia las cinco o las seis de la tarde del 28 de marzo. Él ya no volvió. Luego supimos que lo cogió el bando franquista con otras tropas republicanas, que lo llevaron al campo de concentración de Albaterra, donde fue fusilado sin formación de causa en el amanecer de su octavo día de cautividad. Fue una verdadera lástima porque la nave rebosaba ya de pasajeros, con los que nos mezclamos, y hubiera resultado más que improbable para el capitán localizarnos en medio de aquella masa informe de hombres, mujeres y algunos niños".

Un barco en la noche hacia Orán

Cuando caía la noche, empezaron a sonar las sirenas y una voz anunció que avanzaban las tropas nacionales y que "venían a bombardear Alicante". El capitán mandó soltar amarras y el Stanbrook inició la travesía. Rafael Torres asegura que la lista de pasajeros se elevaba a 2.638, pero que había alrededor de 3.500 a bordo. Antonio Marco habla de más de 3.000 y señala: "Me daba la impresión de que aquel barquito había empequeñecido hasta lo indecible y que en cualquier momento, incluso, podría partirse en dos. Angustiaba tanta gente y tanta tensión acumulada. Imagínese: si nos llegan a coger las escuadras de Franco nos achicharran allí mismo". Nadie sabía hacia donde se navegaba. La gente estaba nerviosa y algunos empezaban a decir que por aquí y por allá se vislumbraban sombras: unos decían que eran el Canarias y otros el Cervera, barcos enemigos, hasta había quien veía sombras de Franco y sus tropas sobre el mar. Como la gente iba de un lado hacia otro, la nave perdía estabilidad. No sé si fue el capitán o su ayudante quien nos conminó para que bajásemos a las bodegas; nos íbamos a pique y seríamos pasto del mar y de la aviación franquista que volaba por la popa".

Aunque Antonio Marco y sus amigos tenían un salvoconducto para México, al amanecer desembarcaron en Orán. Hacía frío y había hostilidad en el ambiente. Un soldado senegalés, armado con bayoneta, y un gendarme no permitían bajar a nadie. "Y abajo, en

Presentación en Zaragoza



Para escribir la proeza del Stanbrook, fabricado en 1909 y desaparecido a finales de 1939, Rafael Torres contactó con personas que habían vivido en su propia carne la historia. Sostiene que este "episodio resume mejor que ningún otro el dramatismo, la agonía de la República. Para muchos fue el fin del mundo, el

fin del proyecto de España que se habían forjado los republicanos". El autor presentará su novela, "Los naufragos del Stanbrook", el martes, a las 19.30, en Ámbito Cultural, en un acto en el que también se hablará de "El país de las mariposas" (premio Ateneo Joven de Sevilla) de Nerea Riesco (Bilbao, 1974).



■ **El aviador muerto.** Antonio tenía un hermano dos años mayor que él: Roque, que ingresó voluntario en aviación, hizo un curso de Químicas y desapareció para siempre en la retirada de Barcelona. Antonio dice que era muy brillante y que la Guerra Civil les truncó a los dos el deseo de hacerse médicos.



■ **Del campo de Chercell a Zaragoza.** Dos retratos del pasajero del Stanbrook: la primera en el campo de Chercell, ante uno de los barracones, y al lado, una foto de 1957, ante la basílica del Pilar, con su sobrino José Francisco y con su mujer Pilar Gayarre, pintora. Antonio fue llamado a Zaragoza para enseñar a trabajar el lino y el cáñamo, un oficio que heredó de sus padres.



Antonio Marco -profesor y escritor de esperanto, traductor- parece mirar hacia el horizonte perdido la travesía del Stanbrook, que ha contado Rafael Torres. MARÍA TORRES-SOLANOT

el puerto, haciendo un gran círculo alrededor de nuestro barco, otros soldados senegaleses custodiaban el barco, y también había varias motoras de gendarmes franceses. ¿Por qué no podíamos bajar del barco si íbamos debidamente documentados?". Permanecieron varados 17 días sin un plato de comida caliente que llevarse a la boca, sólo tenían un pan para cada docena de personas, y sólo había un retrete para todos, con lo cual se organizaban unas colas enormes. "Acabábamos haciendo nuestras necesidades en el mar por la borda, algo que no resultaba nada cómodo. Los sindicatos de Orán hicieron colectas de dinero para adquirir alimentos, pero los gendarmes no los dejaron pasar, y la prensa inició una campaña reaccionaria contra nosotros, e incluso se plantearon

"Me daba la impresión de que el barco había empequeñecido y que podía partirse en dos"

"El aragonés Luis Montoro se lanzó al mar y fue ametrallado sin piedad", dice Antonio Marco

entregarnos al general Franco. Aquella situación resultaba insostenible". Y aquí, recuerda Antonio Marco, de viva voz y también en un fragmento de sus memorias inéditas, la historia del aragonés Luis Montoro, que intentó fugarse en varias ocasiones del barco, y siempre fue disuadido para que no lo hiciera por sus compañeros.

Ente barracas, en Chercell

"Finalmente, una noche no hubo forma de detenerlo, se lanzó al mar y fue ametrallado sin piedad por los gendarmes de guardia, vigilantes en las motoras. Su cadáver, quizá con finalidad ejemplarizante, estuvo flotando sobre las aguas unas horas. Aquello pareció una forma de suicidio". El Parlamento francés, "en una sesión tristemente famosa, dejó el asunto en manos de su reaccionario

ministro del Interior, Albert Sarraut, que llegó a declarar que los refugiados españoles éramos, sin excepción, una banda de bandidos y criminales, y como tales debíamos ser tratados. Poco a poco nos fuimos conociendo unos a otros: había catedráticos, gobernadores civiles, jefes de Estado Mayor, altos mandos de brigada, policías, escritores, oficiales, médicos, políticos...". La lista de Rafael Torres es aun más larga.

En aquel trimestre de 1939, habían llegado a Argelia alrededor de 20.000 españoles. Pronto se crearon varios campos de concentración en Djelfa (donde acabó el narrador y periodista Max Aub, que le dedicaría un poemario), Boghary, Boghar o Chercell. "Fui destinado al campo de concentración 'Morand' de Boghari, el mayor de todos instalado

en el norte de África. El campo estaba rodeado de alambradas, teníamos por retrete enormes zanjias. Constituimos una comisión de cultura y le pedimos al director del campo que nos concediera una barraca para impartir clases de francés, inglés, esperanto, matemáticas, gramática analítica, historia, filosofía, astronomía, incluso de fotografía. Al cabo de un tiempo, nos destinaron al campo de Chercell, a orillas del Mediterráneo, que fue conocido como 'el campo de los intelectuales'.

La historia de Antonio Marco no acaba aquí: obtuvo una ocupación de peluquero en Chercell durante varios años, y se trasladó después a Sevilla a trabajar en una empresa de lino y cáñamo. En 1949, le reclamaron para un empleo del ramo en Zaragoza.

ANTÓN CASTRO